

Yo y la ciudad

Escribe: OSCAR GIL GALLEGO

La ciudad caminaba por sus calles solitarias cubiertas de gente; caminaba lentamente con la cabeza lacia sostenida por su cuello-manguera y apoyada en el pecho de chatarra.

Los brazos de alambre a lo largo de su cuerpo magro y con sus muñones lodosos entre los bolsillos de cloaca. Le llamé la atención:

—Ciudad, escúchame.

Y ella siguió caminando indiferente a su rechinar de tuercas y ejes y a los clamores de mi voz.

—Ciudad, espera.

Nada. Ni escuchaba (al menos esa era la impresión que tenía) ni esperaba.

—Ciudad, ciudad, ¿a dónde vas?

En vista de su muda actitud corrí para alcanzarla. Ella caminaba cada vez más despacio y sin embargo cada vez era mayor la distancia que nos separaba. Entonces me detuve y antes de que se perdiera para mis ojos, la volví a llamar con acento meloso, como si se tratara de un niño.

—¿Por qué no quieres que te alcance? ¿Me huyes? Pero si yo no pienso hacerte daño.

La ciudad se detuvo. Corrí hacia ella y de nuevo comenzó a ca-

minar apartándose más de mí. Concluí entonces por pensar que la ciudad seguiría ocultándose su rostro maquillado de grasa, hasta que yo conquistara su amistad por medio de la palabra.

—Ciudad, yo quiero ser tu amigo. Ciudad, espera —ella se detuvo—.

—Ciudad, yo quiero conversar contigo —y a medida que hablaba mis pasos la acercaban—.

—Ciudad, ¿por qué estás triste? —cada vez menos lejos la veía—.

Esta última pregunta como que la disgustó porque de nuevo se fue alejando—.

—Espera, no me dejes —le grité casi llorando—.

La ciudad se detuvo y caminando me acerqué mientras le hablaba muy piano como si fuese un perrito.

—Prometo no hacerte preguntas indiscretas. Quiero estar un rato contigo. ¿Puedo acompañarte? —le rogué—.

Llegué a uno de sus costados y pensé tocarle un hombro, pero como esta actitud me pareció demasiado precipitada e íntima, resolví situarme frente a ella. De nuevo le pregunté:

—¿Puedo acompañarte?

La ciudad permaneció silenciosa con su cabeza hundida.

—Hermana mía ¿vas muy lejos?

Su mudez y quietud intentaron desanimarme en el empeño de establecer un diálogo y así conocer algo de su pensamiento e inquietud. Resolví hablarle un rato sin esperar respuesta.

—Yo también estoy triste amiga mía. Y también como tú, me siento inmensamente solo; por eso quiero hablar contigo. Los hombres me aburren porque cada día se parecen más a las máquinas. Y estos hombres son tus hijos, son producto tuyo.

—Falso —gritó la ciudad sin levantar la cabeza—. No son mis hijos, simplemente mis moradores.

—Disculpe —me expliqué temeroso—. He sido imprudente al hablarte de esa manera. Perdóname.

Ella levantó su cabeza y habló pausadamente (¿tal vez melancólica o dolida?) así:

—El que perdona ha muerto.

—¿Ha muerto? ¿Cuándo? —exclamé asustado—.

—Murió fatigado después de perdonar 490 veces.

—¿Entonces, ya no hay quien nos perdone? —musité como un niño malcriado—.

A esta pregunta la ciudad volvió a bajar la cabeza e hizo un intento de seguir adelante. Yo me le interpusé y dije:

—Espera, quiero saber algo. ¿Tú lo mataste?

Ella levantó su cabeza y a su vez interrogó:

—¿A quién?

—Sabes bien a quién me refiero —respondí—.

—No, yo no lo maté porque ya estaba muerto cuando lo encontré.

—Dime, ¿resucitará algún día?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Cuando yo muera.

En ese instante abrió sus ojos y en ellos vi un esqueleto que contaba billetes y monedas en la caja de un banco. Luego salió de ese lugar colocándose una cachucha sobre su cabeza de hueso, trepó a la garita de una gran vía y comenzó a dirigir el tránsito.

La ciudad volvió a cerrar sus párpados de hielo, dejó caer su cabeza y marchó adelante.

—Espera, espera, quiero saber otra cosa —dije mientras iba tras ella—.

La ciudad no se detuvo; sin embargo habló:

—Interroga a la fuente y a sus moradores. Interroga al árbol y a sus habitantes. Interroga a la hierba y a sus habituales inquilinos. Interroga a las flores y a los que buscan su miel. Interroga a la nube, interroga al sol, interroga a la luna, interroga al viento.

Y se alejó.

Cuando la perdí acullá, me di cuenta que su cabeza no era cabeza; que sus brazos no eran brazos. Sentí olor a combustible, a humo de fábrica, a sexo enmohecido, a basurero saqueado por aquellos seres que el hombre desprecia.

Entonces corrí veloz en dirección contraria a la ciudad.